

TU ROSTRO BUSCARE, SEÑOR

Uno de los mayores temores del hombre de hoy -quizá sea más exacto decir del hombre “de hace algunos días”, pues probablemente cuando estas líneas se lean el momento ya habrá pasado- es el de sufrir cualquier tipo de presión, influencia, autoritarismo, alienación. Este vocablo que antes se empleaba casi con exclusividad en los campos médico-patológico y forense, se ha incorporado a la lista de palabras que está en boca de todos y en especial de quienes no siempre podrían explicar su significado ni su etimología: impugnar, contestar, impactar, cuestionar, triunfalista, constantiniano. Por supuesto que el lenguaje es eminentemente vivo, crece se desarrolla o se atrofia un poco al paso del hombre y de sus necesidades de comunicación, y es bueno enriquecerlo con nuevos términos y a éstos con otros matices, siempre que nos ayuden a relacionarnos con los demás, como vehículos del pensamiento y no de malentendidos.

Pues bien, creo que éste de alienación es perfectamente aplicable a la vida monástica.

Por favor, tengamos cuidado de no alienar nuestra vocación.

Para no alienarla, es decir para que siga siendo ella misma, esencia existenciada en el amor y el servicio, y no copia de modelos cambiantes y más o menos exitosos justamente por su imprecisión y falta de definición, debemos conocerla y recordarla, vivirla y ahondar constantemente en ella, amarla con todo nuestro ser. Pero uniendo a esa actitud el respeto sincero y fraternal por quienes matizan con tonos diversos el común llamado a la santidad.

La vocación del monje es Dios, buscado en su Rostro, acogido en su Palabra, glorificado en su Nombre.

Dejamos de lado dos de estos momentos, aunque simultáneos, para ocuparnos del primero, la búsqueda de su Paz. Las que siguen son reflexiones muy simples, nacidas en ratos de silencio y escritas como una ayuda personal. Son eso y no pretenden ser más.

Para buscar el rostro de Dios tenemos que atrevernos a aparecer ante Él; pero nos da miedo hacerlo, porque estamos desnudos como Adán y su mirada lo escruta todo, los riñones y el corazón: “Señor, adónde iré lejos de tu rostro, ¿adónde escaparé de tu mirada?

El rostro de una persona es lo más característico de su figura, lo más destacado de su presencia, la parte del ser que desde antiguo el hombre procuró fijar en la piedra, en la madera, en el metal, en el papel o en la tela, en las tímidas fotografías del pasado, en las maravillosas diapositivas de hoy. La técnica pone a nuestro alcance también el recuerdo vivo de una voz querida, pero él complementa sin suplantar al del rostro amado.

Señor, que en el cuarto oscuro de nuestro corazón, tu Espíritu revele la imagen del Verbo hecho hombre.

Porque Dios es Espíritu, nadie ha visto al Padre sino el Hijo, pero en el Hijo nosotros le hemos hallado y le hemos visto. Tal la visión neo testamentaria; en el AT, sólo las teofanías: zarza ardiendo, columna de fuego, nube, truenos y centellas, son signos de la presencia de Yahvé.

Cuando la promulgación de la Ley, Yahvé prohíbe al pueblo que se acerque al monte, e Israel tiembla cada vez que fenómenos cósmicos anuncian su presencia. En el paraíso, Dios llamaba a

Adán desde una suave brisa; también el murmullo de un viento tranquilo lo acompaña cuando habla a Elías, pero en el Sinaí lo hace en medio del fragor y los rayos. “No nos hable Dios, no sea que muramos”. Lo habitual es que sólo Moisés se aproxime a la densa nube donde está Yahvé; en una ocasión, sin embargo, lo acompañan algunos ancianos “que vieron al Dios de Israel sin que extendiera su mano contra ellos” (24,9).

El Éxodo nos narra que cuando Moisés entraba en la tienda, la nube descendía sobre ella y se paraba a su puerta, y Yahvé hablaba con él, “cara a cara, como conversa un hombre con su amigo”, pero a su ruego “por favor, muéstrame tu gloria”, responde “No podrás ver mi faz pues no puede el hombre verme y vivir”. Y luego la invitación tan llena de ternura (33,21-22) que concluye “... apartaré mi mano y verás mis espaldas, mas mi faz no la podrás ver”. (Muchos siglos después, otro judío, ¿Filón? pedirá: “No te manifiestes a mí por el cielo, la tierra, el agua, el aire o las cosas futuras. Que pueda yo verte no en espejo alguno, sino en ti mismo, oh Dios”).

Es siempre en la soledad -monte, tienda, hueco de la peña- donde Él se manifiesta. Y el hombre -nosotros- se vela a causa de la majestad de Dios. Quien alguna vez gozó de su intimidad ya no es el mismo, se ha transformado, por eso el rostro de Moisés resplandece como si reflejara la gloria del Dios de Israel. Al principio no lo sabe; la actitud temerosa de sus hermanos se lo hace comprender. Desde entonces, la visión del rostro de Moisés pertenece sólo a Yahvé y a aquellos a quienes él habla en su nombre. Frente a Dios y cuando trasmite sus palabras a Israel, lo descubre; el resto del tiempo lo vela, lo reserva.

Retrocedamos un poco en la marcha. ¿Qué hace el pueblo mientras Moisés pasa cuarenta días y cuarenta noches en el monte? Se fabrica un, becerro de oro; un dios al que pueda ver, que marche delante suyo. De igual modo obramos nosotros una y otra vez cuando no somos capaces de aguardar en silencio y esperanza la hora del Señor, manifestación deslumbrante o casi imperceptible y nos engañamos adorando de hecho la creación es de nuestra inteligencia o nuestra fantasía. La actitud verdaderamente filial y amante hubiera sido muy otra: la súplica humilde, confiada, perseverante de todo el ser, la mirada que busca segura de que un día verá. Y en ese día toda llaga y toda enfermedad sanarán, como era curado quien miraba a la serpiente de bronce. Cuando hayamos visto a Dios, no podremos morir pues habremos entrado en la vida.

Numerosos salmos superan la actitud temerosa y así claman: “Oigo en mi corazón ‘Buscad mi rostro’ (mandato de Dios). Tu rostro buscaré, Señor. (respuesta del hombre). No me ocultes tu rostro” (sin tu ayuda, ¿qué podré hacer?) (26). Saben que la luz de su faz la que les ha dado la victoria (43) y que el brillo de su rostro los salvará (79). Por eso será dichoso el pueblo que sabe aclamarlo, caminando a la luz de ese rostro (88) que cuando brilla sobre su siervo es señal de la misericordia que salva. Que el Señor no lo esconda el día de la desgracia (101); Israel lo buscará continuamente (104), y después de él las generaciones de monjes que prolongan la peregrinación por el desierto.

El Dios invisible, el Padre, que en los tiempos pasados había hablado fragmentariamente por los profetas, se revela en el NT en la persona del Hijo que es su imagen (cf. *Hb* 1,1; *Col* 1,15); nadie ha visto al Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo lo da a conocer: “Señor, muéstranos al Padre. Felipe, quien me ve, ve al Padre”.

Y eso aquí y ahora, en la vida de cada día, en el contacto íntimo con Cristo, con su Cuerpo Palabra, con su Cuerpo-Eucaristía, con su Cuerpo-hermano mío. Hoy he visto a Dios porque he encontrado a mi hermano. Palabra, Eucaristía, hombre, son otros tantos rostros de Dios, rasgos de su fisonomía que nos va descubriendo y que a veces no reconocemos.

Porque está perdido y como sofocado
por la multitud de imágenes aglutinadas
que ocupan el corazón,
porque luces extrañas nos encandilan,

porque la visión de nuestros ojos
está empañada o atrofiada
cuando es de noche y hace frío,
cuando su resplandor tres veces santo
nos deslumbra.

Y sin embargo debemos buscarlo siempre, en cada instante, en todo lugar, en esta situación, incansablemente, verdaderamente, con todo el corazón, con toda el alma, con todas las fuerzas (“con todo el espíritu, con toda la vitalidad, con toda la fuerza” cf. N. Lohfink, sj, *Höre, Israel!*). Que la mirada se fije en él, en el menor atisbo de su presencia, quizá disimulada entre otras mil. Que las pupilas cansadas, débiles, enfermas, se dilaten para asirle, que el corazón lo guarde en penumbra expectante y reposada. Y entonces el Espíritu revelará el negativo defectuoso convertido en impronta divina, y nos enseñará a descubrir cada una de sus reproducciones en el semblante desfigurado por el dolor o el pecado, de los hombres nuestros hermanos.

Por ese camino poco a poco y silenciosamente, el trocito insignificante de cosmos que somos... - aristas que lastiman, recodos inesperados, fisuras que desconciertan- se irá suavizando, y “con el rostro descubierto, reflejando como en un espejo la gloria del Señor, se irá transformando en esa misma imagen, cada vez más glorioso, conforme a la acción del Señor que es Espíritu” (2 Co 3,18). Así sea.

*Abadía Santa Escolástica - Bs.As.
Argentina*